

la sancion de una profética esperiencia:—“Cualquiera, dijo, que escucha las palabras que acabo de decir, y las pone en práctica, es semejante á un hombre sabio que ha construido su casa sobre la roca. La lluvia ha caido, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y no han podido derribarla, porque habia sido erigida sobre la roca. Pero cualquiera que escucha las palabras que acabo de decir, y no las pone en práctica, es semejante á un insensato que ha construido su casa sobre la arena. Ha caido la lluvia, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y ella se ha desplomado, y grande ha sido su ruina.<sup>1</sup>”

## CAPITULO XV.

### La vida que emana de la Cruz.

Aquí es donde esperamos al racionalismo. Fácil es todavía á un sabio inventar un sistema moral cualquiera, y despues prosternarse ante su misma obra diciendo: “Yo he encontrado la verdad.” Pero hay otra cosa menos fácil, y es primeramente la de hacer participar á los demas de las propias creencias, de inspirarles la fé en el sistema que se ha inventado; y en segundo lugar, dar vida á ese sistema, sosteniéndole en pié, conservándole intacto en medio de interpretaciones diversas, y á pesar de la potencia corrosiva y destructora del tiempo; lo es, en fin, y sobre todo, el de dotarle de verdaderos caracteres de vida, de manifestaciones

<sup>1</sup> San Mateo, cap. 7.

exteriores que revelen la fé interior; lo es conducir las voluntades á practicar libremente el sistema, y por solo la fuerza de la persuasion.

El plan del cristianismo con todas sus armonías y sus relaciones profundas, no habria podido ser concebido nunca por una cabeza humana; pero admitiendo que hubiese podido serlo, no habria podido darlo á luz: si hubiera salido del cerebro de su autor, habria sido como la república de Platon, una simple teoría escrita en un papel. Envanézcase cuanto quiera el racionalismo de haber descubierto la verdad, de haberla enseñado al mundo; lo dejaremos pavonearse en su ridículo orgullo, pero que no venga á decirnos: “Yo soy el padre de la fé, yo he conservado la verdad pura de toda mancha, yo la he pasado á las obras, le he inspirado el soplo de vida,” porque toda la historia se levantará y protestará contra esta audaz mentira. “Desde Tales, diria por la boca misma de Voltaire, hasta los mas quiméricos racionalistas y hasta sus plagiarios, que ningun filósofo ha influido, ni aun en las costumbres de la calle donde vivia.”

No sucede así con Jesucristo: si Él ha sabido trazar á la libertad su camino y volver á la inteligencia la verdad, sabrá tambien por la virtud de su sangre divina, derramada sobre la cruz, hacer descender la vida á los corazones y animarlos con una nueva fuerza. Esta fuerza será incalculable, porque ella resultará de los agentes mas poderosos sobre la voluntad humana, la fé, la esperanza, la caridad, el ejemplo, y sobre todo, la influencia, el atractivo de Dios, la gracia. La fé sola, segun la palabra de Jesucristo, bastaria á trastornar la naturaleza; ¿qué maravillas no producirá ella cuando obre de concierto con todos los demas agentes? Pero estos agentes de un poder tan admirable no están al alcance del hombre, Dios solo los tiene; el Hijo de Dios podia únicamente tenerlos á su disposicion. Hé ahí por qué aun cuando un genio, un ángel si se quiere, hubiese traído la verdad

á los hombres, no habria hecho nada por su regeneracion; porque el espectáculo de la verdad no tenia sobre ellos, por sí mismo, bastante poder para sacudir su indiferencia, ó para vencer las resistencias de su mala voluntad. *Video meliora proboque, deteriora sequor.*

El mas grande milagro del cristianismo es haber comunicado la vida y la fuerza al corazon humano; vida y fuerza que nacen desde luego de la fé. Se sabe qué de prodigios puede obrar la fé puramente humana; ¡cuántos obstáculos ha hecho vencer, cuántos peligros ha hecho despreciar, y cuántas gloriosas empresas, reputadas como imposibles, han sido coronadas del mas brillante suceso! ¡Pues cuánto mas poderosa será la fé divina! San Pablo con un ardor atrayente, exalta en su epístola á los hebreos el valor sublime, la paciencia heroica que los Santos del Antiguo Testamento habian sacado de las inspiraciones de su fé, las obras maravillosas que con su auxilio habian ejecutado; y Jesucristo nos asegura, que teniendo fé, aunque no sea sino como un grano de mostaza, podremos trasportar las montañas. Los apóstoles asimismo, en el sentimiento de su debilidad, le dirigian continuamente esta súplica: “¡Señor, aumenta en nosotros la fé!”

En la conviccion firme é inmutable reside el principio de la omnipotencia, y los corazones que no están animados no concebirán ni ejecutarán nunca nada grande ni generoso. Pero en las cosas morales ninguna conviccion que no sea la de la fé cristiana descansa sobre bases inmutables. ¿Qué es, pues, la fé cristiana? Segun el grande Apóstol, *la fé cristiana es la realidad de la esperanza y la prueba de lo invisible.*<sup>1</sup>

Esta sencilla definicion suministra la base de todos los racionios que tienden á establecer, que de Dios solo en el órden moral y no de los hombres, dimana la verdadera fé. Toda verdad no produce irresistiblemente la fé sino cuando viene á ser visible; en tanto que permanece en las altas re-

<sup>1</sup> Epíst. á los hebreos.

giones de la metafísica, cada uno se siente con el derecho de rechazarla, y si quiere hacerse necesariamente aceptable, necesita descender á las regiones inferiores de la práctica; que se la vea, que se la toque, que se haga sentir en sus resultados.

Si un químico, por ejemplo, anuncia que en virtud de las propiedades de ciertos cuerpos que designa, deben resultar tales ó cuales efectos de su amalgama, aun cuando su teoría sea ciertísima, no se le dará fé completa, se suspenderá el juicio, hasta que reiteradas y decisivas esperiencias hayan hecho patente la verdad á todos los ojos.

En todas las escuelas se ha disertado en todos tiempos largamente sin llegar á entenderse nunca sobre el *criterium* de certidumbre. En nuestro concepto, la bella definicion de la fé dada por San Pablo, y que acabamos de citar, esclarece del todo esta cuestion. Si lo invisible, en efecto, es el objeto de la fé, lo visible solo es de la competencia de la certidumbre humana. Así pues, mientras mas visible sea una verdad, así tambien en proporcion será la conviccion de su realidad. Resulta de ahí la impotencia de la filosofia de establecer una asercion irrecusable con relacion á las teorías, que no pueden nunca dejar de ser teorías, ó que no permitan por una esperiencia fácil é inmediata, examinar las verdades que en ellas se anuncian. En vano el mas elocuente de los filósofos se esforzaria en demostrar por medio de brillantes racionios, la naturaleza de Dios, la naturaleza del hombre, y los destinos futuros; aun estando subyugado por la fuerza é incontestabilidad de sus pruebas, yo tendria siempre el derecho de decirle: ¿le habeis visto? ¿le habeis experimentado? ¿Qué sabeis si todas esas brillantes concepciones no son mas que un sueño de vuestra imaginacion? A pesar mio me veria perseguido por la duda, y no podria, por solo la palabra de ese hombre, prestar fé á lo invisible que me predicaba.

Lo hemos dicho ya, y lo repetiremos aún; la ciencia mo-

ral se deriva de lo invisible: es, pues, imposible á la razon humana el fundarla; la filosofia humana no fijará nada con relacion á la fé, y jamas por consiguiente podrá encender las almas con el soplo de vida. Pero si el hombre rehusa dar fé al hombre que le propone lo invisible, no vacila en dársela á Dios, inteligencia soberana, que no necesita recurrir á los artificios del método para descubrir la verdad, que no la juzga por los resultados, sino que vé eternamente lo que es, contemplando su propia esencia.

Si Dios habla, aun cuando sea sobre cosas invisibles, habla de cosas que le son conocidas, y es un deber escucharle y creerle. Allí obra el poder de fé inherente á la palabra de Jesucristo. "Mi Padre y Yo, ha dicho, no somos mas que uno: Yo soy Dios, Yo soy la verdad." Con todo, no pide que se le crea sobre su palabra, y dá á este dogma, base de toda la fé que reclama, el carácter de certidumbre propio para hacerle admitir por el espíritu humano, es decir, la *visibilidad*.

"Si yo no hago las obras de mi Padre, decia, no me creais; pero si las hago, aun cuando no querais creerme, creed á mis obras.<sup>1</sup>" A los que tenian la dicha de oirle, los prodigios admirables renovados incesantemente eran la prueba viva, la manifestacion visible de su divinidad; y á aquellos que en lo sucesivo debian ser llamados al conocimiento de su doctrina, les estaban reservados testimonios eternamente visibles, en el cumplimiento de las profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento; en la narracion de los milagros sancionada por la historia, por las consecuencias, por la sangre de los apóstoles, por la confesion de los judíos y de los paganos; en la propagacion maravillosa del Evangelio; en la belleza divina, la necesidad, y los saludables efectos de la moral que enseña.

Así es como la verdad de la revelacion cristiana ha sido asentada doblemente para el presente y para el porvenir,

<sup>1</sup> San Juan, cap. 10.

sobre la certidumbre humana de la visibilidad: es un hecho palpable, que se comprueba siempre, y que no se puede ya poner en duda; como la existencia de cualquier otro hecho material debidamente demostrado y susceptible de una continua inspeccion. A esta fé inferior, se añade ademas la fé superior, es decir, la creencia en Aquel que por sus obras se ha mostrado superior á la humanidad, y se ha declarado Dios; creencia que hace aceptar con ardor, sin sombra de duda, su palabra celestial, que no permite se vacile en confesarla, en practicarla, en todas circunstancias, á cualquiera costa, á pesar de las amenazas, de los tormentos y aun de la muerte.

Frecuentemente hemos oido hacer este raciocinio: el cristianismo no descansa sobre una certidumbre mas perfecta, que la certidumbre filosófica; porque, lo mismo que la filosofia, propone sus pruebas á la razon, para que las examine y las discuta, y no se rinde sino hasta tanto que ella está convencida de su fuerza; de suerte que en definitiva, filosofia y religion revelada vienen á someterse á la razon humana, y no se apoyan igualmente sino sobre esta misma y única base.

Lo que hemos espuesto antes debe hacer presentir fácilmente nuestra respuesta. Hemos dicho, en efecto, que la razon humana se ejercia sobre dos especies de objetos, los objetos visibles y los objetos invisibles: los objetos visibles son de su resorte, y ella los alcanza infaliblemente. Se consideraria como un loco al que rehusase creer en la existencia de las cosas materiales que le rodean. Así todas las ciencias que, como la fisica, la química, la zoología &c., se ejercen sobre lo visible, están marcadas con el sello de la certidumbre infalible, es decir, de la unidad. No sucede lo mismo con los objetos invisibles: la razon no los alcanza sino por hipótesis ó raciocinios, cuyo valor no puede conocer fijamente: es porque la duda permanece, la certidumbre no es completa; y las ciencias que resultan de esas concepciones

puramente abstractas, que la experiencia no viene á asegurar jamas, flotan sin consistencia al viento de todas las opiniones, al capricho de todos los espíritus. Así lo visible se apoya con toda seguridad en la razon humana, mientras que lo invisible no encuentra sólido fundamento. En esto es en lo que consiste la diferencia de certidumbre que existe entre el cristianismo y la filosofia. El primero se establece por la razon en el órden de lo visible, es decir, sobre hechos siempre preexistentes y siempre comprobables, á lo menos históricamente, tales, por ejemplo, como las tradiciones, las profecías, los milagros, la propagacion, la belleza y los resultados de la doctrina. Estos hechos, lo mismo que los fenómenos de la naturaleza, conducen á sus leyes, anuncian infaliblemente un revelador celestial, y la fé en este revelador, viene á ser la prueba irrefragable de lo que no aparece á la vista humana. *Fides est argumentum non apparentium.*

“La razon, ha dicho Fontenelle, conduce al hombre hasta una entera conviccion de las pruebas históricas de la religion cristiana; despues que le entrega y le abandona á otra luz, no contraria, pero sí del todo diferente é infinitamente superior.” Tal es la naturaleza de la certidumbre cristiana: ella está asentada, como hemos dicho, sobre una doble base; sobre la razon humana que prueba lo visible, y sobre la razon divina á la que aquella nos conduce, y que revela lo invisible.

Todo al contrario, la filosofia no hace distincion alguna de lo visible á lo invisible; pretende que lo uno y lo otro están en la competencia de la razon humana; enseña, por consecuencia, lo que vé y lo que no vé, y dá el resultado de sus sueños ó de sus sofismas por la espresion pura de la verdad; pero no estando ninguno obligado á obedecer lo que ella enseña, sus innumerables sistemas, sin cesar derribados, no se levantan un momento sino para volver á caer con mas grande ruina.

No era todo, sin embargo, el haber hecho la doctrina cristiana digna de fé, era tambien necesario conservarla pura en toda la sucesion de los siglos, inspirar en ella el principio eterno de vida que la preservase para siempre de la corrupcion de que estaba amenazada descendiendo á la tierra. ¿Bastaba para esto promulgarla en el lenguaje frágil de los hombres? ¿confiarla á la letra muerta de un libro? No, no: si Jesucristo para espresar las verdades celestiales se ha servido del lenguaje humano, tan pobre é imperfecto, es porque era necesario para ser entendido de los hombres; si dejó confiar á la escritura su palabra sagrada, era á fin de recordarla mas fácilmente á la memoria de todos; pero Él sabia que si su doctrina, envuelta en una vestidura terrestre, permanecia sola á merced de las débiles inteligencias humanas, muy pronto no quedaria de ella ni una sola máxima en pié, y quiso tambien acompañarla, guardarla y defenderla en la persona de sus apóstoles y sus sucesores. “Todo poder, les dijo, me ha sido dado en el cielo y en la tierra; como mi Padre me ha enviado, así os envío yo á vosotros: Id, é instruid á todas las naciones; *Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* El Espíritu Santo que yo os enviaré, *os hará acordaros de toda la verdad.* Y tú, Pedro, cuando te hayas transformado, afianzarás en la fé á tus hermanos; porque tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las potestades del infierno no prevalecerán contra ella.”

Así, pues, la Iglesia, no es una reunion de hombres fáciles; es Jesucristo mismo quien habla y quien enseña, es la verdad eternamente viva y visible. La Iglesia es la madre única de la fé: ella sola, durante toda la sucesion de los tiempos, tendrá el dón de hacerla brillar en las almas, por la fuerza y el sacrificio; fuera de ella no habrá mas que dudas, turbaciones, incertidumbres, divisiones, y por consiguiente, debilidad, corrupcion y destruccion: porque allí donde la fé falta, vanamente buscaréis energía, union y una vigorosa resistencia á la incesante invasion del mal.

Después de la Fé viene la Esperanza, hija de la Fé, y que hereda la poderosa influencia de su madre; porque como ella, imprime por su virtud una prodigiosa impulsión al corazón humano; como ella, para llegar á alcanzar la recompensa esperada, infunde el valor en los trabajos, en los sufrimientos y en los peligros. Jesucristo no ha descuidado este enérgico estimulante de la voluntad; Él ha prometido á los que practicaren su doctrina los bienes de la vida presente y de la vida futura. "Si permanecéis adheridos á mi palabra, dijo, la verdad os hará libres. No hay persona que habiendo dejado todo por mí, no haya recibido el céntuplo desde esta vida, y en el siglo futuro la vida eterna." A la promesa de las recompensas se reune también la amenaza de los castigos; y de esas dos esperanzas combinadas, forma una sola esperanza, que tiene el alma sin cesar despierta, y no le permite permanecer indiferente, colocada así en la terrible alternativa de una sentencia de bendición, ó una maldición eterna. Porque en el último día, cuando el soberano Juez aparezca, dirá á los buenos: "Venid los benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo;" y á los malos: "Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno que ha sido preparado por Satanás y por sus ángeles."

¿Quién podrá desconocer la saludable influencia que estas amenazas y estas promesas deben ejercer en las almas, convencidas de que salen de la boca de un Dios? Terror y freno del malvado, las amenazas de una eternidad espantosa, son las furias vengativas que le persiguen con el aguijón de los remordimientos, emponzoñan el placer de sus acciones criminales, y le guían al arrepentimiento. Alegría y apoyo del justo, las promesas le sostienen en el espinoso sendero de la virtud, le consuelan en el infortunio, dulcifican sus pasajeros dolores, y le hacen dichoso aun en medio de las más duras pruebas. "Sin duda, ha dicho Mr. de Chateaubriand, fué revelada por el cielo esta religion, que hace una virtud

de la esperanza! Esta nodriza de los desgraciados, colocada cerca del hombre como una madre cerca de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende á su pecho inagotable, y le alimenta con una leche que calma sus dolores. Ella vela á la cabecera de su lecho solitario, y le adormece con sus mágicos cantos.<sup>1</sup>"

Menos todavía que de la fé, la filosofía puede disponer de la esperanza. Si por medio de hábiles sofismas llega á imponer á los espíritus débiles mentirosos sistemas, ¿qué bienes bastante deseables puede prometerles? ¿con qué castigos bastante terribles puede amenazarlos? El presente no le pertenece y el porvenir está fuera de su poder. Ella lo ha comprendido: así, lejos de haber querido producir vanamente la esperanza, ha creído más útil á sus fines arrancarla de los corazones. El filósofo Rousseau le reprocha este crimen con la más viva indignación: "Huid, dice, de los que bajo el pretexto de explicar la naturaleza, siembran en el corazón del hombre desconsoladoras doctrinas: trastornando, destruyendo, hollando todo lo que los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones; ellos arrancan del fondo de los corazones el remordimiento del crimen, la esperanza de la virtud; ¡y se vanaglorían sin embargo de ser los bienhechores del género humano!"<sup>2</sup>

"Estas tres cosas, dice el Apóstol San Pablo, la fé, la esperanza y la caridad, moran sobre la tierra; pero de las tres la caridad es la más excelente."<sup>3</sup> En efecto, la fé y la esperanza comunican á la voluntad un impulso que viene de lo exterior, en tanto que el amor es la vida propia del corazón. Así como el Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, completa la augusta Trinidad, hace el lazo de unión y corona todas sus obras santificándolas; el amor del mismo modo com-

1 Genio del Cristianismo.

2 Emilio.

3 I. Corintios, cap. 13.